

# MIRET MAGDALENA

## LA CAIDA DE UN LIDER

de líderes que hay en el mundo, De Gaulle pertenece a uno de ellos que hoy no tiene ya porvenir; sin embargo, lo ocurrido con él, no se explica solamente acudiendo a esta clasificación.

Porque con De Gaulle cayó no sólo un modo de liderazgo, sino algo que parecía entrañado hasta ayer en el liderazgo mismo, religioso, social o cultural.

Marcuse —el que fue líder de la juventud inconformista francesa o alemana de hace unos meses— ya no es hoy un mito para muchos que ayer le siguieron ciegamente. Sartre, que fue aceptado por los universitarios franceses en plena "contestación" estudiantil de mayo de 1968, ahora ha sido rechazado por ese mismo público. Estos son los hechos —nada sospechosos— que deben hacernos pensar si, tras la caída del ex presidente francés, hay algo más de lo que se ha dicho, y que queda oculto bajo las explicaciones superficiales que se han dado hasta ahora.

Empiezan a pensar actualmente muchos sociólogos que lo que está en crisis realmente es un concepto de autoridad, como forma de mando puramente ordenancista. Y por eso lo que había caído —según estos sociólogos— en Francia, con el ex presidente, sería esa concepción que se basa solamente en la fuerza del miedo, de la inseguridad hábilmente manejada, o de la violencia. Si esto es así, lo que tendrá verdadero valor positivo en el futuro, para la marcha de la humanidad o de todo grupo social, religioso o cultural, ya no será la autoridad como poder de coerción, sino preferentemente la "autoridad moral". No parece —de ser verdadero este análisis— que vaya a perdurar en el porvenir —a cualquier nivel religioso o profano— ese sentido de la autoridad cuya fuerza sea preferentemente coactiva, y que no acepte también el modesto puesto de ser ante todo co-gestora y coordinadora, pero nunca avasalladora.

Esto se cree estar pasando con todas las estructuras sociales; Iglesia, organizaciones culturales o profesionales y empresas industriales.

En lo social o en lo puramente intelectual los líderes parece que están cayendo, como Sartre —uno de los más aceptados— cayó allí donde hace pocos meses era cabeza de inquietudes renovadoras. Lo mismo vemos en el ámbito religioso porque si antes, en el Vaticano o en un país o ambiente católicos, se hacía poco aprecio del católico inconformista, hoy todos se sienten, por el nuevo cambio ocurrido en el concepto de autoridad en la Iglesia, eximidos de un autoritarismo cuya forma más acusada en lo religioso fue la concepción extremosa del papado expuesta por la teología latina del siglo XIX, apenas inspirada —como se vio en el Concilio— en la función de servicio y en el amor compartido, que es la única clase de autoridad preconizada en el Evangelio.

Un gran pensador católico, el P. Laberthonnière, hace sesenta años suspiro y hoy acogiéndolo por todos, señaló esto mismo hablando del educador: "la verdadera autoridad —decla— es... un alma que se abre, que sale de sí misma; la autoridad del educador es su misma conciencia" (A. Merlaud. "Realidades humanas y Educación cristiana". Ed. Sigueme. SALAMANCA). "La verdadera autoridad... no se trata de un poder, sino de una llamada, un interrogante, una invitación por medio del ejemplo" (Idem).

Cuando nuestros teólogos clásicos del siglo XVI —un Padre Soto o un Padre Suárez— dijeron que la autoridad residía básicamente en el pueblo, coincidieron —sin darse cuenta— con el modo de pensar del P. Laberthonnière, cuando afirmaba que la autoridad debe ser sobre todo el recordatorio que se hace a la responsabilidad personal, y no la pura exigencia exterior de una norma sin participación personal.

La actitud contraria es lo que el pueblo francés ha recusado —al parecer— en el fracasado "presidente de la participación". Porque la participación no está en expresarla sólo con bellas palabras, como él hizo, sino en darle cauce vital.

Hoy todavía se asustan algunos de las ideas que trajo el cristianismo al mundo, por primera vez en la historia, y cuyos mejores seguidores vivieron en siglos posteriores.

Los hechos históricos que expresan esta actitud de activa participación son tomados, por esos asustadizos, como ejemplos utópicos sin posibles consecuencias prácticas para los grupos humanos (religiosos, culturales o sociales). Ese fue el caso de San Francisco de Asís o de San Juan Bosco quienes, con sus precursoras ideas, tuvieron bien pocos seguidores consecuentes.

El fundador del franciscanismo creyó hace siete siglos —como muchos creemos hoy— en los hombres, y en su confiado desa-

rrollo activo más que en los sistemas. Por eso, a la hora de reformar la Iglesia, se olvidó de bellas teorías y extensas organizaciones, y estimuló ante todo la espontaneidad del Evangelio en el hombre. Hasta su regla para la vida religiosa resultó ser la más peregrina de las reglas de vida, porque carecía de preceptos jurídicos concretos, y sólo articuló los consejos y las plásticas expresiones de vida del Evangelio en breves reflexiones más que en mandatos.

Don Bosco, el pedagogo de la educación preventiva y no de la disciplina correctiva, llevó en el siglo pasado a sus últimas consecuencias sus convicciones sobre el hombre. Y confiando en los seres humanos obtuvo más que con todo el aparato disciplinario de los sistemas coactivos. Entre otros muchos hechos análogos de su vida, se cuenta de una ocasión en que "se atrevió a hacer una excursión diaria con trescientos presos juveniles sin protección, y sin embargo, nunca perdió a ninguno de estos vagabundos" (F. März. "El humor en la educación". Ed. Sigueme. SALAMANCA). La autoridad moral, y el estímulo de la conciencia de la responsabilidad personal, fue para él el mejor resorte para fomentar el orden en ese grupo de delincuentes, orden constructivo y pacífico de clara raigambre participadora y social.

Estos dos grandes cristianos —como muchos transformadores sociales modernos— confiaron radicalmente en el hombre; y, por eso, obtuvieron siempre un resultado positivo a cualquier nivel favoreciendo, con los adecuados medios técnicos, las circunstancias que permitieron a los seres humanos desenvolverse mejor su propia espontaneidad constructiva.

Parece vislumbrarse —decíamos— un ocaso de líderes sociales, culturales o intelectuales al estilo de otros tiempos. Pero surge una nueva esperanza en la fuerza que ejercen espontáneamente los valores humanos, redescubiertos en el hombre actual que se desalienta. Esta es la razón que muchos ven para la especial alegría que, en el mundo joven sobre todo, se plantea contra los sistemas, en todos los órdenes de la cultura o de la vida, porque intuyen que todo sistema aliena en alguna forma, impidiendo el libre desarrollo que Juan XXIII predicó para todos los humanos —creyentes o no creyentes— en sus encíclicas.

Hasta la psicoterapia de grupo abre hoy esas mismas perspectivas. El funcionamiento de un grupo de curación psicológica puede servir también de modelo para entender esta intuición del futuro que prevén muchos para el mundo. El profesor Walter M. Liffon, de la Universidad de Illinois (U.S.A.), subraya que "uno de los aspectos más importantes de la terapia de grupo es la tendencia del grupo a luchar unido para resolver un problema". Se refuerzan los elementos personales constructivos y positivos; pero, en ese refuerzo, el papel desempeñado por el líder es de grandes consecuencias. La postura de Liffon, después de sus amplios estudios psicológicos y sociales, y de su experiencia educativa, es que "resulta conveniente que el líder inicial pierda su posición de autoridad tan pronto como sea posible...; y esta situación da buenos resultados una vez que el grupo ha aprendido a resolver su necesidad de orientación, pues evita que el líder inicial utilice al grupo para satisfacer sus propias necesidades" (W. M. Liffon. "Trabajando en grupos". Ed. LIBREROS MEXICANOS UNIDOS, 1965).

La experiencia de la psicoterapia grupal parece indicar también que el liderazgo cultural, social o religioso, usual hasta ahora, podría transformarse en el futuro en un liderazgo más colectivo, vital y cooperador, en el que el sistema abstracto o la coacción práctica, puedan ser sustituidos en buena parte por el afán, técnicamente encauzado, de progreso y construcción humana que posee el hombre, siempre que se deposite la confianza en él, y se le ayude —en vez de utilizarlo egoístamente— con las nuevas técnicas científicas (psicológicas, sociales y biológicas) a desarrollarlo.

Resulta probable así que el líder sólo pueda ser en el porvenir un catalizador, un "expresador" de las inquietudes humanas de autodesarrollo, vividas difusamente en lo hondo del hombre actual.

Y este líder religioso, cultural o social deberá estar dispuesto —de ser ajustado este análisis— como lo estuvo San Francisco de Asís, a ceder cada vez más el paso a los demás, para que el grupo humano se desarrolle y madure, sin que haya una compulsiva necesidad de autoritarismo más o menos dictatorial o paternalista, paralizador del auténtico desarrollo del hombre, porque lo dejaba demasiado vinculado a un modo infantil de vivir dependiente, del cual no se compensaba aparente y falsamente, nada más que por medio de insatisfactorios autoengaños religiosos o sociales.